



Pro Rhetorica

Pilar Gil Soler
IES Cervantes (Madrid)

De Quintiliano hemos aprendido que la retórica es la base del texto, no algo que le añadimos, sino algo a partir de lo cual existe en su autonomía y características que hacen de él lo que es. Su eje está en el lenguaje y el pensamiento, y la exigencia de independencia y tolerancia que plantea su puesta en escena excluye la coacción, potencia la libertad. Su perspectiva filosófica la asocian al origen de la democracia y el diálogo, a la invención de la justicia y con ello a la más esmerada evolución social, bajo el prisma de la ética. Progresivamente, en el mundo romano, en la Edad Media y hasta el siglo XIX, la retórica mantuvo un lugar de privilegio

entre los estudiosos. Como una técnica, una enseñanza, una moral, una práctica social y lúdica, fue un instrumento fértil en el campo de la reflexión y la comprensión. Desaparecida por un tiempo, y mal estudiada por obra de nuevas y efímeras corrientes que subordinaban lo literario a lo “lingüístico”, actualmente, ha renacido el interés por los estudios sobre retórica y surgido nuevas retóricas.

Su origen nos lleva a la isla de Sicilia alrededor del año 485 de la era antigua. Por ese tiempo, los tiranos Hierón y Gelón impusieron la expropiación de tierras y el ostracismo para una parte importante de la población. En estas condiciones surgió un nuevo orden en donde los mercenarios pasaron a ser propietarios. Cuando sobrevino la rebelión democrática derrotando a la tiranía, se buscó restablecer las antiguas relaciones de propiedad. Como una forma de salir de esa confusión, se crearon jurados populares con numerosos miembros, ante los cuales cada ciudadano debía hacer sus demandas y alegar personalmente en su beneficio: así comienza el arte de persuadir, y observamos la aparición de sus primeros rétores notables: Empédocles de Agrigento, y de Corax y Tisias de Sicilia. Pronto la retórica va a Grecia y es especialmente acogida en Atenas, en donde llega a ser una materia de estudio dominante.

Gorgias la separa de cualquier actividad manual e insiste en que sólo se basa en las palabras: “*Por esta razón, considero que el arte de la retórica se refiere a los discursos, y al afirmarlo así hablo correctamente*”. Su meta no es el conocimiento o el hallazgo de algunas verdades. Se trata más bien del dominio de una destreza orientada al logro de una comunicación persuasiva, pues “*En todas las cosas hay dos razones contrarias entre sí*”¹. Su utilidad aumenta si consideramos que en la persuasión, por su naturaleza, lo que existe es la posibilidad de optar, de elegir, respecto a algo que no se impone. Esto último está expresamente reconocido en el “Filebo” platónico;

Protarco se dirige a Sócrates y le dice: “*He oído muchas veces decir a Gorgias, que el arte de persuadir tiene ventajas sobre las demás, porque todo lo somete a su dominio, no por la fuerza, sino por la voluntad*”².

Hay que puntualizar que la enseñanza de la retórica en manos de los sofistas no estuvo completamente referida a fines instrumentales. Su nacimiento está unido también al reconocimiento del valor del pensamiento, el lenguaje y la educación. Quintiliano, de quien ha dicho Alfonso Reyes que piensa como Cicerón y escribe como Tácito, la entiende como una ciencia del bien decir, “*bene dicendi scientia*”, cuyo objeto es todo asunto humano, cuyos fines son enseñar, mover y deleitar, y cuyo ejercicio exige que el orador no sólo esté formado en las técnicas retóricas, sino dotado de profundas convicciones morales, así como de la flexibilidad necesaria para adaptarse a los heterogéneos auditorios y los diferentes temas y contenidos del discurso.

Las retóricas antiguas o modernas, sin distinción apoyan todo el “edificio de las figuras”, como diría Barthes, en la idea de que existen dos lenguajes: uno propio y uno figurado y que, por consiguiente, la Retórica en su parte elocutiva, es un cuadro de desvíos del lenguaje. Desde la Antigüedad las expresiones metarretóricas que confirman esta creencia son innumerables. En la elocutio (campo de las figuras) las palabras son transpuestas, alteradas, trasladadas lejos de su hábitat normal, familiar. Aristóteles ve en ello un gusto por la no familiaridad: “*hay que alejarse*

¹ Fragmento 6. TAPIA ZÚÑIGA, P.C., “Gorgias. Fragmentos”, México, FCE 1980. Citas: <http://clientes.vianetworks.es/empresas/lu911/Gorgias/TextosGorgias.html>

² Filebo 58c, texto en: www.clientes.vianetworks.es/empresas/lu911/index

de las locuciones comunes...experimentamos al respecto las mismas impresiones que en presencia de extranjeros; hay que darle al estilo un aire extranjero, pues lo que viene de lejos exalta la admiración”³.

Hay, pues, una relación de extranjería entre las palabras corrientes de que nos servimos cada uno de nosotros (pero ¿quién es ese “nosotros?”) y las “palabras insignes” palabras ajenas al uso cotidiano: “barbarismos” (palabras de pueblos extranjeros), neologismos, metáforas, etc. Para Aristóteles es necesaria una mezcla de ambas terminologías, pues, si recurrimos únicamente a palabras corrientes, obtenemos discursos bajos, y, si nos valemos sólo de palabras insignes, logramos un discurso enigmático. De nacional/ extranjero y normal/ extraño, las oposición derivó a propio/ figurado.

Quintiliano considera que “*schema dicitur, in sensu vel aliqua a vulgari et simplici specie eum ratione mutatio*”⁴: el schema (figura, según la terminología griega) se dice de un cambio razonado del significado o de la expresión, con respecto a su modo ordinario y simple de expresarlo. Al igual que Cicerón, propone un ideal humano en el que el ejercicio de la retórica se amplía a todos los ámbitos de la cultura y aun de la ética⁵), pero identifica elocuencia y retórica a costa, en parte, de la dimensión filosófica, imposible de obviar para Cicerón.

Yendo a otro gran retórico, cercano a nosotros en el tiempo, sintetizaremos brevemente algunos conceptos de Barthes⁶. Sobre la función y origen de las figuras, distingue dos grupos de explicaciones: A) Explicaciones por la función: el lenguaje figurado proviene de la necesidad de crear eufemismos, de escapar a los tabúes. Constituye una técnica de ilusión(en el sentido de la pintura): perspectiva, sombras, trampantojo: redistribuye las cosas haciéndolas aparecer diferentes de como son o como son, pero de una manera impresiva. B) Explicaciones por el origen: parten del postulado de que las figuras existen en la naturaleza, es decir, en el pueblo.

[...] hoy es necesaria una historia de la Retórica enriquecida por una nueva manera de pensar que no siga ignorando los hallazgos de nuestros clásicos, nunca superados...

El arte las elige (en función de una buena evaluación de su distancia, que debe ser medida), pero no las crea; en suma, lo figurado es una combinación artificial de elementos naturales.

Arrancando de esta primera hipótesis(las figuras tienen un origen natural)todavía podemos distinguir otros dos tipos de explicaciones. El primero es mítico, romántico en el sentido amplio del término: el lenguaje propio es pobre, no basta para todas las necesidades, pero es suplido por la irrupción de otro lenguaje; siendo la poesía el lenguaje original, las cuatro grandes figuras arquetípicas han sido inventadas en este orden, no por escritores, sino por la humanidad en su edad poética: Metáfora, luego Metonimia, luego Sinécdoque, luego Ironía; en su origen eran utilizadas naturalmente ¿Cómo pues, pudieron transformarse en figuras retóricas? Según Barthes, Vico da una respuesta muy estructural: cuando nació la abstracción, es decir, cuando la figura se vio ante una oposición paradigmática (virtual) con otro lenguaje.

La segunda explicación es psicológica; es la de Lamy y la de los clásicos: las figuras son el lenguaje de la pasión. La pasión deforma el punto de vista sobre las cosas y obliga a valerse de palabras especiales: si los hombres concibieran todas las cosas que se presentan a sus mentes, simplemente como son en sí mismas, todos hablarían de la misma manera. Este enfoque es interesante, pues si las figuras son los morfemas de la pasión a través de ellas podemos conocer la taxonomía clásica de las pasiones y, en particular, la de la pasión amorosa (por expresarla

como genérico de los sentimiento). Comprendemos mejor entonces, cómo lo figurado puede ser un lenguaje a la vez natural y secundario; es natural porque las pasiones están en la naturaleza; es secundario porque la moral exige que estas mismas pasiones, aunque naturales, sean distanciadas, ubicadas en la región de la culpa; porque para un clásico, la naturaleza es mala, las figuras retóricas están justificadas pero son sospechosas.

³ Vid texto griego en Aristóteles, “Rhetorica”, en Cambridge, Massachussets, Harvard University Press; London, William Heinemann, Loeb Classical Library, 1984; edición bilingüe griego – inglés; . 04b36.

⁴ Quintiliano IX,1,11: el schema (figura, según la terminología griega) se dice de un cambio razonado del significado o de la expresión, con respecto a su modo ordinario y simple de expresarlo. Vid. Quintilien. “*INSTITUTION ORATOIRE*”, XII vols. Texte établi et traduit par Jean Cousin (1975). Paris. Société d’édition « LES BELLES LETTRES ». Con el texto íntegro de las obras retóricas de Quintiliano, en latín. Respecto al término, Jean Cousin en las “Notes complémentaires” («Quintilien », Livres VIII – IX, pág. 305) dice: “*Le mot figura pour désigner les figures de style et rendre le grec σχηματα est employé pour la première fois (...)par Quintilien (1,8,16)*».

⁵ Kroll, W., (1940), «Rhetorik», en: *Paulys Realencyclopädie der classischen Altertumwissenschaft*, München, Metzler, Suppl. VII, coll. 1039-1138; vid. pág.1105; Doepp, S. (1985), «Cicero-Rezeption bei Quintilian am Beispiel von inst. orat. 12,2,23-26», en *Wiener Studien*, 19, pp. 159-171; Alberte González, A. (1992), *Historia de la retórica latina. Evolución de los criterios estético-literarios desde Cicerón hasta Agustín*, Amsterdam, Hakkert, págs.. 41-61.

⁶ Vid. BARTHES, Roland (1970), “La antigua retórica”. Editorial Buenos Aires.

Pero hay que pensar en la relación entre las figuras y la composición textual. La antigua retórica codificó dos tipos de construcción:

1. Una construcción geométrica; es la del período (Aristóteles) “una frase que tiene por sí misma un comienzo, un fin y una extensión que se puede abarcar fácilmente”; la estructura del período depende de un sistema interno de *kómmata* (golpes) y de *kola* (miembros); su número es variable y discutido; se piden tres o cuatro cola sometidos a oposición (1/2 o 1-2/3-4); la referencia de este sistema es vitalista (el vaivén de la respiración) o deportiva (el período reproduce la elipse del estadio: una idea, una curva y una vuelta).

2. Una construcción dinámica (Dionisio de Halicarnaso): la frase es entonces concebida como un período sublimado, vitalizado, trascendido por el movimiento; ya no se trata de una ida y una vuelta, sino de un ascenso y un descenso; esta especie de “swing” es más importante que la elección de las palabras; depende de una suerte de sentido innato del escritor. Este movimiento presenta tres modos: 1. el salvaje, de oposiciones violentas (Píndaro, Tucídides), 2. suave, ajustado, aceitado (Safo, Isócrates, Cicerón); 3. mixto, reserva de los casos fluctuantes.

Es muy importante, para nosotros, esta conclusión, que suscribimos: en primer lugar, la convicción de que muchos rasgos de nuestra Literatura de nuestra enseñanza, de nuestras instituciones de lenguaje (¿hay, acaso, una sola institución sin lenguaje?) se verían aclarados o comprendidos de otro modo si se conociera a fondo (es decir, si no se censurara) el código retórico que dio su lenguaje a nuestra cultura; ya no son posibles ni una técnica, ni una estética, ni una moral de la Retórica, pero ¿y una historia? Sí, hoy es necesaria una historia de la Retórica (como investigación, como libro, como enseñanza) enriquecida por una nueva manera de pensar que no siga ignorando los hallazgos de nuestros clásicos, nunca superados... hay una suerte de acuerdo obstinado entre Aristóteles (de donde surgió la Retórica) y la cultura llamada de masas, como si el aristotelismo, muerto desde el

Renacimiento como filosofía y como lógica y muerto como estética desde el Romanticismo, sobreviviera en estado degradado, difuso, inarticulado, en la práctica cultural de las sociedades occidentales, (práctica fundada a través de la democracia, en una ideología del “mayor número” de la norma mayoritaria, de la opinión corriente)... pero ¿la tiranía del número, acaso no ahoga criterios de calidad?

Pensamos, en palabras tomadas prestadas a Leeman⁷, que los planteamientos de Cicerón, de Quintiliano, «*son todavía los nuestros*» a la hora de definir lo que es y lo que no es retórica, hasta el ideal de hombre de valores, se parece sospechosamente al orator perfectus ciceroniano inmerso en la unión indisoluble planteada entre filosofía y elocuencia. Y concluimos con las ideas de Quintiliano, expresadas en el duodécimo de sus libros, con respecto al *vir bonus dicendi peritus*: un hombre íntegro, que dignifica y se dignifica, que mejora la comunidad a la que pertenece, mediante la belleza y la verdad en el arte de convencer por la palabra, dirigida a los hombres de buena voluntad. ■



⁷ Leeman, A. D. (1982), «The Variety of Classical Rhetoric», en: B. Vickers (ed.), pp. 41-46.